



## Árabes y african@s: la dualidad mauritana

Teresa Guillamón

Teresa Guillamón es economista. Entre 1995 y 1999 ha resido intermitentemente en Mauritania, realizando tareas de cooperación al desarrollo. Las fotografías que acompañan a este artículo han sido realizadas por ella.

Este escrito, de limitadas pretensiones académicas, propone una reflexión sobre una de las muchas Africas, sobre el país más desconocido del Magreb. Su intención es proporcionar nuevas claves a los debates actuales sobre la consistencia de las verdades excluyentes y la validez del enfoque del pensamiento único, etnocentrista, aplicado a la interdependencia. Hay que señalar que la cultura y lengua árabe incluyen un tercer número gramatical, junto a singular y plural, el dual. A través del texto que sigue se evidencia la dualidad como complejidad y complementariedad y, en ocasiones, como ambivalencia y contradicción. Pretende, así mismo, aportar una luz esperanzada ante los conflictos derivados de la multiculturalidad y la integración étnica en los procesos de globalización. Quienes parten de un acuerdo sobre su inevitable devenir, deberían plantearse, igualmente, su extensión a las responsabilidades, tanto presentes como históricas, por la riqueza de los países del Norte basada en el empobrecimiento, la dependencia, el abandono y el expolio del Sur. Por ello, también se hablará de solidaridad, más allá de las catástrofes y la ayuda humanitaria; una solidaridad basada en el conocimiento recíproco, para cambiar los términos del diálogo Norte-Sur desde la justicia y la equidad.

Mauritania interesa desde múltiples perspectivas, al estar emplazada en la confluencia del Magreb –del Mediterráneo islamizado– con el África saheliana. Ha sido el eje histórico de las ciudades caravaneras en la ruta Córdoba-Marraquech-Tombuctú, la ruta del comercio del oro sudanés, la sal y los esclavos, a su paso por las legendarias Chinguetti o Walata, hoy declaradas patrimonio de la humanidad. Actualmente es, en cierto modo, la única vía practicable entre el África Occidental y Europa: viajeros y comerciantes, migrantes y aventureros, vehículos usados y electrodomésticos, forman las actuales caravanas. Todo ello la ha convertido en una zona de mestizaje y fracturas sociales: desde los esclavistas y los esclavizados a las demografías interétnicas; de la colonización y el dominio, tanto árabe como europeo, a las rectilíneas fronteras por decreto y las nacionalidades de dudosa identidad; en suma, la tradición medieval conviviendo con la modernidad.

Los vínculos entre Mauritania y España, no por poco conocidos son menos relevantes. Podemos partir de los almorávides, aquellos bereberes del Sahara mauritano que en el siglo XI conquistaron la península y que, conformando un movimiento de purificación del Islam, arrasaron la suntuosidad hereje del Califato, siendo el precedente de las órdenes monástico-militares cristianas y dejarían una impronta inconfundible. En nuestra época, la acción colonizadora de España finalizó en 1975 con el abandono del Sahara Occidental. Por los Acuerdos de Madrid, y a instancias de Marruecos, Mauritania jugaría un papel en la ocupación y el reparto del territorio, lo que implicó el enfrentamiento con las tropas del Polisario y la posterior derrota mauritana. En la actualidad, el país es zona de refugio de exilados saharauis y forma parte de una futura solución para el Sahara Occidental, sea ésta con o sin referéndum de autodeterminación.

De la vecindad con Canarias derivan para España múltiples sinergias económicas: armadores y tripulaciones de la flota mercante y pesquera, la explotación del banco pesquero, el empresario mixto y el comercio exportador –alimentación, muebles, electrodomésticos, vehículos,

repuestos, maquinaria, electrónica, artículos suntuarios–, además de ser la puerta de acceso al mercado potencial saheliano. El acuerdo pesquero entre Mauritania y la Unión Europea es, tras el marroquí, el más importante para la flota española al garantizar que más de 120 buques puedan faenar en sus aguas.

Sin embargo, esta vecindad es hoy noticia alarmista de primera página ante el flujo de emigración clandestina que intenta acceder a Europa desde el África saheliana, con su secuela de ahogados frente a nuestras costas. No olvidemos un especial nexo, hasta hoy unilateral, basado en la percepción, también compartida por Marruecos, que tiene Mauritania de España como un referente que es parte de una historia común –de Al-Andalus a Las Palmas, o a Calamorraco– y, por tanto, de un parentesco que alienta la hospitalidad y comienza a reclamar reciprocidad.

El presente trabajo está enfocado desde la perspectiva de la Cooperación Internacional y la Ayuda al Desarrollo, y pretende evidenciar lo que podría denominarse «desarrollo invisible». Señalemos que, ante el actual objetivo prioritario de la cooperación internacional –la lucha contra la pobreza– y los procesos generalizados de feminización de la misma, ya reconocidos hasta por el Banco Mundial, este artículo podría tener algunos subtítulos posibles: «Las mujeres mauritanas agentes de su desarrollo» o «Moras negras y Moras blancas: una experiencia multiétnica de cooperación». La mayoría de las mauritanas, aunque son infatigables ejecutoras de todo tipo de estrategias de supervivencia, sufren crílicas condiciones de vida, en situación de pobreza y bajo una generalizada sobrecarga de trabajo y responsabilidades, compartiendo todas ellas una posición social subordinada. A partir de un estudio de caso, el proyecto denominado Formación de Oficios –una cooperativa de transformación de pescado, en el barrio PK-9 de Nuakchott, donde un grupo de mauritanas de diversas etnias batallan cotidianamente por afianzar su autonomía económica y personal–, se intentará hacer más visible la aportación de las mujeres a los procesos de creación de riqueza y su potencial como agentes de desarrollo.



*Geografías y Políticas:  
un desierto habitado*

Para evocar la RIM –la República Islámica de Mauritania– podemos imaginarla desde los cuatro elementos clásicos. El Agua reflejada en el océano, en los pozos del desierto y en el río Senegal. La Tierra conformada por los oasis y las dunas, por las piedras de las antiguas ciudades, por las calles de arena de la capital y por los adoquines amalgamados con conchas que van sustituyendo el hábitat nómada tradicional, las *jaimas*; también por las pistas caravaneras y sus tres únicas carreteras asfaltadas. El Aire y el Fuego plasmados en los cielos límpidos o en el abrasador viento Sirocco y ambos, a un tiempo, en las tormentas de arena.

Su ubicación en el sudoeste del Magreb, junto al océano Atlántico, fronteriza con el Sahara Occidental y Argelia, con Malí y Senegal, determina la idiosincrasia de su acceso. Por tierra, hay que atravesar Marruecos de norte a sur hasta la frontera del Sahara ocupado, no reconocida por Mauritania; en Dahla (la antigua Villa Cisneros), hay que incorporarse al convoy militar marroquí que, semanalmente, releva a los mandos de las guarniciones del llamado «Muro» y, tras atravesar con la Cruz Roja unos 20 km. de territorio minado, el viajero se encuentra en manos de la policía mauritana, en calidad de extraviado y rescatado del desierto. Esta farsa humanitaria es, desde hace



años, la solución operativa que compagina los intereses del intercambio comercial con la escrupulosidad del orden político internacional. Desde Nuadhibú, sin carreteras ni pistas señaladas, siguiendo las trazas en la arena dejadas por algún otro vehículo a lo largo de 300 km. de dunas, playas y mareas, se acaba llegando a Nuakchott tan cubiertos de algas y salitre como si se accediese desde las profundidades del mar. Vehículos y personas pueden, a base de tiempo, llegar por tierra al país, pero no podrán salir de él por el mismo camino, al estar prohibido hacer el recorrido a la inversa, aunque no faltan los guías ex-polisarios que ofrecen su conocimiento de las posiciones militares y del desierto para atravesar las zonas minadas; éste es el arriesgado camino que muchos subsahelianos emprenden para alcanzar el Norte. Un magno proyecto multilateral está en cartera hace tiempo, no sólo por su complejidad técnica sino por su dificultad política, para completar hasta Dakar el trazado por carretera que hoy finaliza en Dahla, sin que atravesase, como hace la ruta actual, el Parque Natural del Banco de Arguin. El acceso es posible también por barco mercante, dependiendo la acogida de pasaje de la cortesía del capitán. Alguna naviera de Las Palmas enlaza con Nuadhibú, tras capear los alisios y sortear los buques naufragados que sazonan su rada; los múltiples barcos que se vislumbran varados en las dunas de la costa mauritana serán un exponente más de la ambivalente realidad de su geografía. Por su parte, la llegada en avión a la capital, Nuakchott, lo será a una ciudad indistinguible entre las arenas y el mar, cuando la tripulación avise del inminente aterrizaje.

El territorio mauritano es sahariano y saheliano, con una extensión aproximada al millón de kilómetros cuadrados, unas dos veces la de España; sus dos terceras partes son desierto, aunque los pastos abundan tras la estación de las lluvias, y al sur, en el valle del río Senegal, se desarrolla una fértil estepa cultivada. La población actual está próxima a los tres millones de habitantes que pertenecen, en origen, a dos grupos mayoritarios: el moro (del latín *maures*), árabo-bereber, y el negro, o sudanés (*sudani* en árabe: negros), ambos subdivididos en múltiples tribus y etnias. A su población original negroafricana, se sumaron desde el norte las invasiones bereberes y, en el siglo XIII, las árabes. Los datos demográficos son inciertos, ya que los censos de población y, por supuesto, los de votantes están manipulados para aménorar la creciente mayoría negroafricana. En cualquier caso, la compra de tarjetas nacionales de identidad y, si hace falta, de carnets internacionales de vacunación, es algo común, así como el hallazgo de documentos de identidad abandonados a las fronteras aguas del río.

Mauritania fue colonia francesa, gobernada desde San Luis de Senegal, la capital de toda el África Occidental Francesa. Pero poca fue la influencia colonizadora entre una población nómada muy dispersa y con la aplicación de un modelo colonizador absentista, que no aportó formación, ni infraestructuras, más allá de las requeridas por las explotaciones mineras. En 1960 se

alcanzaba, diríamos mejor, se otorgaba la independencia. La descolonización paulatina del AOF, iniciada con la Federación Malí, que incluía Senegal, siguió con la creación artificial del Estado Mauritano, con una doble finalidad: intentar acotar la expansión y posible salida al Atlántico de la Argelia independentista, que se daba ya por perdida, al tiempo que se procuraba que dos estados que habían logrado su reciente independencia de Francia, Marruecos y la Federación Malí, no llegasen a unir sus fronteras.

Se establecieron unas fronteras arbitrarias, a tiralíneas, para dividir la voluntad independentista africana: la frontera norte seguiría el trazado de las vías del tren que transporta el hierro de los yacimientos de Zuerat al puerto de Nuadhibú (la antigua Port Etienne), dejando en el lado mauritano las explotaciones mineras; la frontera sur del país sería el río Senegal; al oeste la costa atlántica y al este, una divisoria rectilínea separaría al nuevo Estado de Argelia y Malí. Esto provocó una insalvable fractura de grupos étnicos y tribales (saharauis, wolof, peul, bambaras), que quedaron desde entonces adscritos parcialmente a diferentes ciudadanías.

También se creó una capital, Nuakchott, en una zona de nadie, junto a la costa y con abundantes reservas de agua fósil y, sobre todo, equidistante de todos los emiratos influyentes. Nuakchott, con 7.000 habitantes en los años sesenta, alberga hoy casi el millón, prácticamente un tercio de la población nacional. Las graves sequías de los años ochenta y el avance del desierto, así como la sedentarización de la población nómada alentada por la autoridad, el imparable éxodo rural y las migraciones estacionales han generado una megalópolis en condiciones precarias:

barrios denominados por el punto kilométrico que les separa del centro, los populares PK's de la ruta hacia Senegal; extensos *bidonvilles* de cartones, plásticos y trapos como únicos materiales de construcción, escondidos tras pudorosos muros cuando quedan visibles desde los accesos a la ciudad; sobreexplotación de recursos acuíferos no renovables y un extrarradio y un centro urbano indistinguibles en sus compartidas carencias de infraestructuras y servicios. Veamos unos ejemplos: con motivo de la visita del presidente de la República Francesa a finales de los noventa, se instalaron en el centro de la ciudad y en la ruta del aeropuerto una docena de semáforos, que son rodeados hábilmente, cuando no ignorados, por conductores, arrieros y camelleros y donde los discapacitados e innumerables niños piden limosna, *charité*, en nombre de un santón protector. Igualmente, en ocasiones señaladas, se procede a la recogida de basuras en las calles del barrio de las embajadas y los edificios oficiales para ser depositadas, de nuevo, unas calles más allá.

Hay que destacar que el nomadismo, el tradicional sistema de vida del desierto, ha seguido una evolución decreciente, en parte inducida por una voluntad política de control centralizado. La población nómada, que representaba un 83% en el momento de la independencia, treinta



años después no supera el 12%, lo que ha agudizado los efectos perversos de unos procesos de urbanización acelerados y caóticos, al tiempo que aculturales: son frecuentes las viviendas con un patio interior donde está instalada la *jaima* y los fogones de carbón, utilizando muy esporádicamente el resto de dependencias; las cabras en la ciudad, al igual que en el desierto, siguen ejerciendo su tarea de reciclar desechos domésticos, aunque periódicamente hay que abrirlas en canal para solventar las obturaciones que les provocan los plásticos. Otras ciudades importantes, aparte de Nuakchott y Nuadhibú se sitúan en las proximidades del río Senegal –Rosso, Kaedi– y en el sahariano macizo montañoso del Adrar –Atär–, pero la casi inexistente infraestructura de transportes las mantiene como enclaves de soberanía tribal, débilmente unidos a la capital por los hilos del poder.



Mauritania es una república presidencialista. Su primer presidente, Mokhtar uld Daddah, originario de Bouttilimit, gobernaría durante casi dos décadas. Tras años de agitación militar en torno al conflicto del Sahara, el actual presidente, Maouiya uld Sidi Ahmed Taya, nacido en el Adrar, pondría en práctica, al tiempo que una significativa libertad de prensa con semanarios radicales como *Le Calâme*, un sistema electoral multipartidista, que daría cabida en el poder institucional a los notables de las tribus influyentes, tanto por vía parlamentaria como a través de los consejos municipales; aunque, previsoramente, quedaban excluidas las posibles formaciones de adscripción racial, regional o confesional. En el oficialista PRDS (Partido Republicano, Democrático y Social) las prácticas democráticas coexisten con las propias del paternalismo tribal y el pago de favores personales: en 1999 hubo que repetir las elecciones municipales en las grandes ciudades, por fraude, al proclamar para los candidatos del partido gobernante mayor número de votos obtenidos que de votantes censados. Como deferencia, las cooperantes españolas también recibimos del comisario político del barrio un lote de aceite, harina y azúcar con el que vislumbrar los prodigios que depararía el nuevo consistorio electo. Hay que señalar que el estado, desde la ruina que conllevó la década de sequías, viene utilizando la ayuda alimentaria con finalidades de control político y distribuye los alimentos con criterios clientelistas heredados del sistema colonial.

Esta República Islámica goza de la protección y el apoyo económico de Arabia Saudí y los Emiratos árabes de los petrodólares, por ser fronteriza de la extensísima Argelia, la de los hidrocarburos nacionalizados. Los patronazgos se evidencian en el tamaño, suntuosidad y número de las mezquitas y escuelas coránicas por ellos sufragadas, así como en los edificios adscritos a las correspondientes embajadas, aunque sin llegar a igualar la de Francia. El Islam fue la seña de identidad común del reciente y multiétnico estado, que afrontaría el reto de consolidar un Estado de Derecho sin renunciar a la *Sharia* (ley coránica), sin lograrlo plenamente.

Pero ese Islam, que muestra cotidianamente la observancia rigurosa de sus preceptos, es compatible con la pertenencia mayoritaria de la población negroafricana a cofradías religiosas, auténticos poderes fácticos desde la lucha anticolonial. Las más extendidas –Qadriya, Mouridismo y Tidjanía– giran en torno a un *marabút* (del árabe «murabitum», misma etimología que almorávides), que fusiona su papel de guía espiritual con el de jefe de tribu tradicional y que, de forma excepcional en la cultura musulmana, está gráficamente reproducido en múltiples escapularios, cartelones y pinturas murales. Sus sedes, en la vecina Senegal, son centros multitudinarios de peregrinación, con los que los gobiernos mantienen respetuosas y prudentes relaciones, principalmente en vísperas elec-

torales; se dice que cuentan con todo tipo de inmunidades y, a veces, impunidades y que es donde muchos influyentes políticos y hombres de negocios, a escala planetaria, se reúnen y «reflexionan». En cuanto a la Iglesia católica, se autorizó la construcción y culto de un templo catedral en la capital, donde la colonia residente sigue los servicios dominicales, pero no se permitió que figurase una cruz cristiana en la cúpula exterior, ni está autorizado el apostolado; las comunidades religiosas, en su mayoría desplazadas de Argelia, siguen sus prácticas en la privacidad de sus domicilios y dedican su esfuerzo a atender centros de higiene materno-infantil y de capacitación femenina. Las relaciones entre ambas religiones tienen sus momentos críticos, como cuando se prohibió a las monjas dar cursos de alfabetización, por el convencimiento de que, así como el árabe se aprende recitando versículos del Corán, las lenguas de los cristianos se transmitían vía los textos del Nuevo Testamento.

El proceso democrático iniciado en los años noventa, que fue acompañado de las correspondientes medidas liberalizadoras de la economía, recibió el respaldo internacional y las consiguientes visitas oficiales, entre otras las efectuadas por la familia real española, el alcalde Tierno Galván y el presidente Chirac. La RIM aprovecha la dualidad de su carácter árabe y africano para hacer simultánea su presencia en los foros internacionales que afectan a ambas regiones. Forma parte de la UMA –Unión del Magreb Árabe– y, sin embargo, desde el punto de vista de la cooperación internacional, para la Unión Europea es uno de los llamados países ACP –Africa, Caribe y Pacífico–, lo que la hace acreedora de unas ayudas más sustanciosas.

En cuanto al papel de Mauritania en el conflicto del Sahara Occidental, hay que recordar que hubo un reparto del territorio entre Mauritania y Marruecos y varias incursiones del Frente Polisario hasta las puertas de Nuakchott, donde ocupó por unas horas las emisoras de radio y los puntos neurálgicos de la ciudad, si bien en la retirada moría el fundador del Frente bajo los bombardeos de la aviación francesa, que acudió en auxilio del gobierno. Mauritania acabó renunciando a la ocupación del sur del Sahara por las presiones internas: para la población mora era una guerra fratricida, en la que tribus hermanas, separadas por fronteras artificiales, estaban obligadas a enfrentarse, mientras que para los negroafricanos significaba el riesgo de potenciar la hegemonía mora. Desde entonces han quedado las fronteras minadas, estrechamente vigiladas y no reconocidas, y una exorbitante deuda externa.

Mauritania es uno de los países menos desarrollados del mundo, con marcadas desigualdades, en el que se ha dado una acelerada concentración de la riqueza, originada en la pesca industrial, la especulación inmobiliaria y financiera, los monopolios del comercio importador y las prebendas vinculadas a la Administración. A un desigual reparto global de la riqueza hay que añadir las específicas secuelas, económicas y sociales, de la marginación étnica.



Según el Informe de Desarrollo Humano (1998), que elabora el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo –PNUD–, de un total de 174 países, Mauritania ocupa el puesto 149 por IDH –Índice de Desarrollo Humano–, ocupando España el puesto 11. La esperanza de vida al nacer se establece en 52 años, siendo para los españoles 78 años. La tasa de mortalidad infantil alcanza al 10% de los nacidos. El analfabetismo adulto afecta al 50% de los hombres y al 75% de las mujeres, siendo el período de escolarización de las niñas cinco veces más breve que el de los niños. Tengamos en cuenta que los indicadores precedentes no han podido elaborarse a partir de datos desagregados

en función de los grupos étnicos y que los ofrecidos a continuación tampoco pueden, por el momento, desagregarse en función del sexo.

El ingreso anual por habitante es de 500 \$, lo que representa unas 200 pts. diarias, siendo en España de 9.000 \$. La deuda externa asciende al 200% del PIB. La Ayuda Oficial al Desarrollo representa el 20% de su PIB, siendo la ayuda por habitante de 100 \$ anuales. La tasa de crecimiento anual del PIB por habitante es negativa, con una acelerada tasa de inflación. Hay que señalar que algunos productos de primera necesidad, como el pan, están subvencionados, lo que significa que mantiene el mismo precio y tamaño, pero con menor peso y calidad.

Sus no desdeñables recursos económicos están en situación crítica, a pesar de la riqueza potencial de sus recursos naturales. La cabaña ganadera de camélidos y bovino, que en su día daba carne y leche para exportar al África Occidental Francesa, se redujo al 30% con las sequías; la producción industrial nacional es nula; el comercio, al igual que en el resto del mundo árabe, es la actividad económica más



*Mauritania es uno de los países menos desarrollados del mundo*

prestigiosa; los precios mundiales del hierro y el cobre han caído en los mercados mundiales (se transportan en el ferrocarril minero más largo del mundo, en cuanto al número de vagones, que recorre más de 600 km hasta el puerto de Nuadhibú); la explotación irracional y el pillaje de las flotas foráneas están esquilmando el banco pesquero, a pesar de las paradas biológicas; la crisis alimentaria no remite desde hace más de una década; y, en cualquier caso, el volumen de la deuda externa hipoteca las escasas iniciativas de crecimiento, sin olvidar el efecto letal que tuvo en la economía el aislamiento y supresión de la ayuda internacional, decretados por su inicial apoyo a Irak en la guerra del Golfo. Una triste muestra de las paradojas de la mundialización se ofreció, hace un tiempo, con un anuncio en TV de una industria láctea española donde nos incitaba a comprar su producto bajo el solidario lema: «leche para los niños de Mauritania», país en su día, como se ha dicho, exportador de la misma.

El nivel de pobreza alcanza al 60% de la población, que no dispone de la renta anual mínima para cubrir las necesidades básicas, a esto hay que añadir que los hogares dirigidos bajo la sola responsabilidad de las mujeres superan el 40%. La escasez nutricional, más allá de las pér-



didadas de ganado y cosechas por las sequías y la desertificación y a pesar de la ayuda humanitaria y los esfuerzos del Programa Mundial de Alimentos –PAM–, se ha agudizado por una política de importación de alimentos foráneos que compiten con la producción local, no permiten el autoabastecimiento y obligan a disponer de una renta monetaria. Estas opciones, a su vez, cambian los hábitos de consumo, creando una mayor dependencia del mercado exterior y desestabilizando unos niveles nutricionales de por sí precarios: el arroz en lugar de las proteínas de la carne de camello, la leche de bote en lugar de la mantequilla, los potitos en sustitución de la lactancia materna, así como la generalización del consumo de pan blanco de trigo y de refrescos azucarados. Pero el peso de las adaptaciones a la escasa dieta no se reparte por igual entre los miembros de una misma familia, ya que las mujeres y las niñas realizan su comida después de los varones –lo que éstos hayan dejado– y, también, debido a valores culturales por los que las mujeres tienen proscritos ciertos alimentos.

*Cooperantes y cooperad@s:* El carácter dual y ambivalente de la geografía mauritana es el marco de una sociedad contradictoriamente plural. Para *la sociedad mauritana* delimitar mejor quiénes son los mauritanos identificaremos algunos rasgos de los colectivos más relevantes en la composición de su sociedad, partiendo de los dos grupos de población referidos con anterioridad. La etnia mora, los *maures*, o *beidani* (de *baida*, blanca, en árabe), organizada en emiratos desde el siglo XVII, proviene de un mestizaje de tribus árabe-bereberes, si bien ambos grupos siguen manteniendo sus especificidades históricas con el desempeño respectivamente de funciones guerreras y atribuciones religiosas. Sus estructuras comunitarias están muy cohesionadas y fuertemente jerarquizadas, y sustentadas, hasta hace poco, en un sistema esclavista. Son originarios del norte sahariano, con modos de vida nómada y economía de pastoreo, y muy hábiles en el comercio y las finanzas. Detentan el actual poder político y religioso y dicen constituir la mayoría de la población mauritana. Por otra parte están los *sudani* –etnias negroafricanas: peuls, toucouleurs, wolof, soninké, serére–, así como los libertos, denominados *harratines* (antiguos esclavos vinculados a tribus *beidani*) y los *imraguen* (cautivos no manumitidos, dedicados a la pesca en el banco de Arguín). Los *sudani* se ganan la vida como agricultores sedentarios, a orillas del río Senegal o en los cultivos de oasis, otros como ganaderos, pastores o pescadores y, actualmente, son mayoritarios en los sectores profesionales y de servicios.

La sociedad mauritana, como tantas otras, se ha estructurado durante siglos sobre la base de un sistema esclavista, nutrido por las históricas «razzias» que las tribus nómadas realizaban entre las poblaciones negras del sur del río Senegal; un tráfico y un comercio similar al llevado a cabo por los tuareg en torno al río Níger. La abolición decretada en la época colonial dió nulos resultados. La Tercera Ley de Abolición, promulgada por la RIM en 1980, hizo del país el último del mundo en prohibir esta práctica. Sin embargo, el tema de la esclavitud todavía no está zanjado, ya que aún se incluye en algunos programas electorales, se debate en la prensa y, recientemente, dio lugar en los tribunales de justicia de Nuakchott al polémico juicio de dos mauritanos acusados de haber colaborado, difamatoriamente, en un documental sobre la esclavitud emitido en un canal francés de televisión. Su pervivencia, más o menos encubierta, es consecuencia de las inciertas alternativas económicas y del alejamiento e incomunicación del ámbito nómada y rural: muchos libertos mantienen, actualmente, un estatus de siervos, bajo el amparo de una familia de notables *beidani*, que les asegura sustento y protección.

Los saharauis, como se ha dicho, forman un colectivo de residentes peculiar. En origen son bereberes, encuadrados en tribus y familias emparentadas con las del norte de Mauritania y sólo

divididas por el trazado de fronteras. Comparten con los mauritanos «blancos» rasgos físicos y atuendos –*gandura, derra, cheche, hauli, melefa*–, así como el dialecto *hassaní*, las formas de vida y la cultura nómadas. Su presencia es destacable en Nuakchott y Nuadhibú, donde se dedican al comercio, se enrolan en las tripulaciones pesqueras o ejercen de chóferes y guías del desierto; otros residen en las ciudades mineras del norte y los hay que, incluso, ocupan cargos públicos, como el actual alcalde de Chinguetti. Cuantificados, con todas las reservas, en unos diez mil, en su mayoría son refugiados provenientes de las zonas ocupadas por Marruecos y, también, de los campamentos de Tinduf en Argelia. Lo incierto de su situación y ciudadanía no les permite aprovechar las ventajas comparativas que podrían derivar de su conocimiento de la lengua española (bachilleres de institutos españoles), su formación (enfermeros y mecánicos becados en Cuba o la URSS) o sus vínculos con la administración española (jubilados y pensionistas con prestaciones reconocidas); y constituyen recursos humanos tampoco aprovechados por los servicios exteriores o el empresariado español en la zona, ante la autista indefinición de la política española al respecto.

Hay otros colectivos cuya presencia tuvo también su origen en guerras y éxodos; es el caso de las influyentes colonias siria y libanesa, propietarias de los mejores establecimientos comerciales, incluidos los escasos restaurantes con licencia para venta de alcohol. A partir de los años noventa, se detecta una significativa presencia de tuaregs, refugiados como consecuencia de las revueltas en el vecino Malí.

El mestizaje únicamente se da en los barrios populares de las ciudades más populosas. Bajo signos de identidad comunes –ciudadanía, prácticas religiosas, condiciones de vida, nivel de renta– perduran, al mismo tiempo, las diferencias étnicas: estatus social, acceso a la administración y el poder local, a los recursos y servicios, división del trabajo y oficios ejercidos. En lo cotidiano, una dieta carnívora y de lácteos es la predominante entre los *maures* y una dieta de pescado y frutas lo es entre los *sudani*, pero todos hacen girar el ritmo vital diario alrededor de los tres vasos de té. Los atuendos son diferenciados pero, en ocasiones, intercambiables: bubús y ganduras, bonete o turbante para ellos y tatuajes de alheña, cabellos trenzados, túnicas o melefes –velos envolventes desde la cabeza a los tobillos que dejan el rostro descubierto–, para ellas.

No podría faltar alguna referencia a los *tubab*, nosotros. Todos los blancos, sean europeos o australianos, en África, somos llamados en árabe «médicos»; ocasionalmente, entre musulmanes se nos identifica como *nasrani* o *rumís*, «nazarenos» o «romanos». Forman lo que sigue denominándose «la colonia», integrada por diplomáticos, enseñantes, expertos, cooperantes, asesores, consultores, religiosas, algún empresario o trabajador cualificado y los cónyuges y allegados de visita (los viajeros y vendedores de coches usados suelen pasar de largo, camino de San Luis). Prácticamente carecen de espacios públicos de relación. A pesar de la privacidad, no exenta de ocultismo, con la que cada estamento y nacionalidad sobrelleva su misión en el terreno, se evidencian unos puntos comunes de desasosiego, ya que los *tubab*, en nuestra interacción cotidiana con el entorno, nos debatimos entre la ética, la buena educación, los pronto xenófobos, la reflexión inquietante y los tópicos reduccionistas.

El recién llegado suele sentirse impactado por el exotismo del lugar, incluso adopta los atuendos locales, a la vez que irradia el espíritu aventurero de los descubridores para, pasado el tiempo, percibir con estupor cómo el romanticismo orientalista deja paso a ciertos rasgos de capataz de plantación, que, a la vez, se están enfrentando con otros más propios del abnegado y, en ocasiones, obcecado misionero, dispuesto a inculcar a los demás su idea del bien y del mal. El deslumbramiento inicial oscila, hasta convertirse en irritación; y, mientras tanto, el agotador voluntarismo del «inevitable hombre blanco» ha ido minando las energías y comenzando a dejar un regusto de decepción. Entre los cooperantes, en particular, estos ciclos existenciales suelen retroalimentarse en

Bajo signos de  
identidad  
comunes,  
perduran las  
diferencias  
étnicas

función del denominado ciclo del proyecto, siendo su momento peor el seguimiento de los cronogramas o las visitas de los auditores, aunque también les influyen las sucesivas aprobaciones y denegaciones de financiación para los programas de ayuda diseñados.

Son curiosas las reacciones del *tubab* de la colonia en cuanto al dinero y las personas oriundas con las que hace intercambios económicos; en ambos casos reina la ambivalencia y la ambigüedad: se alardea de pagar menos que nadie al adquirir un bien o servicio, e igualmente respecto a los salarios, alegando el bajo nivel de vida local, cuando el modelo cultural occidental apuesta por el escaparate de la capacidad adquisitiva; desconociendo los entresijos del arte ancestral del comercio, se pasa de calificar al vendedor de estafador y abusante a proponerle impacientes regateos absurdos, basados en la subjetiva devaluación del objeto de transacción o en la alegación del remoto parentesco de la época califal. La inquietud por sentirse timado y por no lograr el trato impersonal de un autoservicio, alterna con la euforia de hacer un buen negocio –y esto ocurre frente a la factura del mecánico, al tomar un taxi o al alquilar una casa–. Claro que no es excepcional verse ante los tribunales mauritanos, a instancia del arrendador, por haber cambiado de color las paredes; o adquirir un solar que, simultáneamente, está siendo vendido a otro comprador.

Los mauritanos tienen, también, una relación peculiar con el dinero: sólo lo tocan con la mano izquierda, la impura, y lo entregan tirándolo despectivamente hecho una pelota (así los billetes en circulación se convierten en trocitos de papel desdibujado, te dicen que están «fatigués»); emplean toda su sabiduría para despojar al otro, como en una partida de ajedrez, y toda su imaginación para gastarlo suntuosamente, dejando bien claro que lo poseen; jamás devuelven un préstamo personal, consideran que quien lo otorga es porque puede y quiere. La propiedad privada, en el sentido en que la entendemos los *tubab*, es de uso reciente para un pueblo habituado al nomadeo en la inmensidad del desierto: la casa, el coche o el despacho, como antes la *jaima*, acogen a todo el que llega y ninguna reunión se realiza ante la sola y única presencia de los convocados.

En esta atmósfera, los contratos de prestación de servicios suelen estar presididos por la desconfianza del *tubab* respecto a las capacidades, competencias, responsabilidades y cumplimientos consensuados, sea la puntualidad en los horarios, la habilidad para las tareas acordadas o el brío con que se realizarán, y no digamos cuando se trata de que una entidad mauritana efectúe las aportaciones comprometidas para realizar alguna actividad. Aquí los *tubab* nos perdemos, una vez más, ya que recabamos la información pertinente sin reparar en que la cortesía mauritana no les permitirá dar un no por respuesta, contradecirnos en suma; y en esta práctica radican muchos de los disgustos venideros.

Entre los desconciertos del *tubab* ocupa un lugar privilegiado el que surge ante el determinismo islámico, cuando interfiere en nuestras propuestas de planificación; igual nos ocurre ante su idea del destino como un fatalismo que, por sí mismo, aportará una solución a los problemas, por la voluntad divina; la habitual respuesta *In sha Allah* (si Dios quiere), del que deriva nuestro ¡ojalá!, se acaba convirtiendo en una muletilla que, en ocasiones, nos divierte y, en otras, nos lleva a la resignación. Su diferente concepción de la elasticidad del factor tiempo, su sujeción al presente inamovible y su ignorancia del futuro, tiempo verbal sin sentido ante la precariedad del día a día; la mútua dificultad para discernir lo deseable y la inmediatez de lo posible, unido a lo que calificamos de indolencia y relativismo, a las interminables saluciones y al, considerado inoperante, dicho: «síéntate a la puerta de tu casa y verás pasar el cadáver de tu enemigo», suelen desesperarnos, aunque sigilosamente vayan haciendo mella en nuestro carácter. Igual que nos desazonan y confunden una religiosidad tan practicante y los fantasmas que despierta en situaciones como la guerra del Golfo. Habría que añadir los desencuentros derivados de una cultura eminentemente oral, frente a una cultura que reverencia lo escrito; son fáciles de imaginar las inacabables discu-

siones sobre la pertinencia de los compromisos verbales frente a los documentados. Y no olvidemos los malentendidos que surgen por su utilización de formas de expresión verbal alusiva, ya que no se debe mencionar directamente el tema que se quiere tratar; así como la situación de inferioridad en que nos sentimos frente a estos interlocutores tan pacientes y poéticos.

Todo esto, que desasosiega a los *tubab* y desbarata sus instantáneos programas de intervención, contiene el germen de un posible cambio de actitud y de percepción, en cuanto a quién es el otro, y cuales son las responsabilidades y los compromisos que se pueden compartir.

Un capítulo aparte sobre el que merecería la pena reflexionar es el concerniente a las relaciones que se establecen entre las mujeres mauritanas y las europeas, lo que podríamos titular «Las *tubab* y los vínculos del género», especialmente en torno a los proyectos de ayuda, donde inciden el dinero, el esfuerzo y el poder, pero también facetas más individuales, como la simbología de los vestidos, el adorno corporal o las posibles opciones ante la maternidad. De igual interés resultaría uno relativo a las relaciones afectivas y los cooperantes; ambas reflexiones permitirían desvelar las claves personales en las que basar una futura y deseable comunicación, más compartida entre iguales y, por tanto, más equitativa y solidaria.

Si centramos nuestra atención en las mujeres, la ambivalente dualidad nos las presenta ejerciendo una suerte de matriarcado —con poder y autonomía heredados de la cultura nómada bereber y del desparpajo y la libertad de costumbres negroafricanas—, coexistiendo con una posición de sumisión, derivada de la influencia árabe y exigida por la ley islámica vigente. Pero las mauritanas no constituyen una categoría homogénea y sus condiciones de vida son muy dispares en función de la clase, la etnia y el grupo de edad al que pertenezcan, aunque, en razón del género, comparten una serie de variables determinantes.

Según el ya mencionado Índice de Desarrollo Humano, el indicador de la disparidad de género —que mide la desigual distribución de los logros del desarrollo humano, entre los hombres y las mujeres, en base a las oportunidades de participación en la esfera económica y política—, sitúa a Mauritania en el penúltimo lugar de una lista de cien países, siendo Níger el que detenta el oprobio del último puesto. En relación con el poder político y el acceso a los puestos públicos de toma de decisiones, hay que señalar la existencia de media docena de alcaldesas y concejalas en las ciudades. Hay una ministra de la Condición Femenina y dos Secretarías Generales, Sanidad y Asuntos Sociales, ocupadas por mujeres *beidani*, pero no hay parlamentarias, ni diputadas, ni senadoras, y son minoría las mujeres que están inscritas como votantes en los censos electorales. Es reciente la proliferación del asociacionismo y el cooperativismo y el 8 de Marzo es celebración oficial. Son muy activas, en el ámbito capitalino, la Asociación de Mujeres de Carreras Liberales y Comerciales y la Asociación de Mujeres Empresarias; igualmente están legalizadas más de mil doscientas cooperativas femeninas de producción, aunque su capital, en ocasiones, no supere la docena de cabras y su pervivencia empresarial dependa del clientelismo político y de las subvenciones concedidas cuando se aproxima la feria del día de la mujer trabajadora.

Según datos del Fondo de Naciones Unidas para la Población (FNUAP), el número medio de hijos por mujer es 6.3; la edad de casamiento está en 20 años para las mujeres y en 27 para los hombres —anteriormente la edad media de contraer matrimonio para las mujeres era los 16 años—, pero es habitual que los extranjeros faltemos a la «politesse» al saludar a las que consideramos hijas y resultan ser esposas. El primer embarazo se da antes de los 18 años y el uso de cualquier método anticonceptivo se extiende apenas al 3% de las mujeres, requiriendo la autorización del marido. La poligamia se da en el 18% de los matrimonios, aunque las *beidani* no admiten coesposas; el divorcio, práctica frecuente entre los musulmanes, alcanza al 40% de los matrimonios.

La cortesía  
mauritana no  
permite dar un  
no por  
respuesta,  
contradecimos

En cuanto a la excisión, a pesar de no contar con datos fiables, se estima que afecta a la cuarta parte del colectivo femenino. Existe una campaña del FNUAP para la erradicación de las mutilaciones genitales femeninas, que cuenta con la participación activa de estrellas locales del espectáculo e intelectuales; a pesar de que más de la mitad de las mujeres se muestra a favor de dichas prácticas y desaprueban que sean objeto de un debate público.

Los códigos de belleza entre las moras blancas, por razones guerreras y reproductivas de la vida nómada, conllevan la práctica de «cebarlas» con leche y mantequilla y la prohibición de desplazarse sobre sus pies. Las *beidani* son favorables a ello, pero ya se practica en menor medida, aunque hoy se usan las pastillas de hormonas para engorde de ganado. Se supone que estas espléndidas mujeres serían más difíciles de raptar al galope cuando los campamentos eran atacados, a la vez que dispondrían de reservas suficientes para proseguir la crianza durante los rigores de la estación seca. Al igual que en la cultura mediterránea, el exceso de kilos en la esposa aumenta el prestigio del marido, como señal de opulencia, de abundancia de comida y de sirvientes y, aquí, la clara tonalidad de la piel no admitirá dudas sobre la pureza de sangre de un linaje descendiente de la península arábiga. Sin embargo, en la actualidad, están más de moda, sobre todo entre los *tubab*, las esbeltas *sudani* y se expanden otras formas de sometimiento a la estética con la apertura de gimnasios en las ciudades.

Pero la mayoría de las mujeres se enfrenta a otro tipo de requerimientos para asegurar su sustento. Como integrantes de las capas populares o de las más marginalizadas y desfavorecidas han debido recurrir, como agentes económicos, a múltiples estrategias de supervivencia –desde la migración forzosa a la autoproducción y el mercado informal–, para compensar la progresiva disminución de los ingresos, así como la eliminación de subsidios alimentarios y la reducción de servicios sociales por parte del Estado. El autoempleo en la agricultura, la artesanía, el sector informal urbano, el comercio y la pesca ocupa al 80% de la población activa femenina; acceden con dificultad al empleo remunerado, sea el servicio doméstico o el contrato de temporada en las cámaras de congelación del pescado; y aún escasea su presencia en la enseñanza, la sanidad o el funcionariado.

Sin embargo, todas comparten las restricciones legales por género derivadas del Islam y la *Sharia*, que acentúan las desventajas de la mujer en el mercado laboral urbano, ya que la autorización del marido es preceptiva para abrir cuentas bancarias, obtener licencias comerciales, firmar un contrato de trabajo o alquilar un local. Recientemente se ha inaugurado en la capital un centro comercial promovido por la asociación de mujeres empresarias, todas ellas *beidani*, donde se instalan únicamente negocios regentados por mujeres; en dicha asociación también hay mujeres armadoras propietarias de barcos pesqueros y directoras de empresas conserveras. Las diferentes oportunidades de las mujeres, ligadas a su pertenencia de clase o etnia, así como el distinto y discriminatorio acceso que tienen unas u otras a la propiedad y los recursos productivos, cuestionan la pertinencia de referirse a «la mujer» como a un colectivo homogéneo, a la vez que revalidan los análisis y propuestas del enfoque de género, ya que todas ellas soportan una posición subordinada al colectivo de varones.

La diversidad y las contradicciones hasta ahora reflejadas pueden dar idea de las fracturas sociales a las que está sujeta la Mauritania actual: un sistema tribal, medieval y esclavista convive con la modernidad y los procesos electorales por sufragio universal; en este momento coexiste el analfabetismo con el e-mail y los cibercafés.

Entre los puntos relevantes de fricción están las querellas lingüísticas –la escuela coránica frente al instituto francés–; estas disputas fueron avivadas por el colonizador: «si vuestros hijos no estudian el francés tendréis que ver cómo un médico negro da órdenes a un enfermero moro». El bilin-

güismo ha tenido una conflictiva evolución, francés y árabe se reconocen hoy como lenguas nacionales y esta última, además, es lengua oficial, el *hassania*. Se ha seguido una política de arabización forzada de la enseñanza –maestros egipcios y saudíes–, con proliferación de escuelas coránicas en las mezquitas, financiadas por gobiernos y asociaciones benéficas del Golfo Pérsico. La lengua se considera un elemento de cohesión nacional y prestigio entre los *beidani*, así como de nexos internacional, vía el mundo árabe, frente a la vinculación negroafricana francófona. El *hassania* coexiste con múltiples lenguas autóctonas, a nivel oral; pero los *sudani* que pueden permitírsele se alfabetizan en francés y siguen estudios superiores en dicha lengua, lo que les da una ventaja comparativa para acceder a la capacitación técnica y profesional, a los puestos de trabajo dependientes de la administración y de los organismos internacionales y de cara a la emigración. La francofonía les hace aliados de los blancos en sus comunes recelos por la arabización del país. En el proyecto PK-9 de Oficios, al hacer la selección previa de las participantes, hubo serios problemas con la autoridad *beidani* por haber baremado positivamente el conocimiento del francés; en cuanto a la formación, ésta acabó siendo impartida, en ocasiones, con traducción simultánea a cinco lenguas.

Hay fisuras sociales, también, por el conflicto de los libertos, los *harratines* ex-esclavos que, en teoría, eran unos 100.000 en el momento de la abolición. Son manipulados políticamente por ambos grupos étnicos, que los incluyen como miembros de su colectivo, pues, a la vez, son moros y son negros nacidos, desde generaciones, en Mauritania. Aún perduran las repercusiones de la abolición en la economía doméstica y productiva, ya que tradicionalmente ejercían como pastores, agricultores de regadío, pescadores, mano de obra, porteadores y sirvientes. Como ejemplo, tendríamos la escasa destreza de las moras *beidani* en la cocina y en el cuidado de los niños; también los fracasos de muchos de los proyectos de capacitación agraria, en los que los cursos los reciben los *maures* propietarios de las tierras, cultivadas en realidad por los ex-esclavos, que no acceden a esa formación.

Se respira una soterrada oposición entre moros y negros; cotidianamente, los miembros de cada uno de los colectivos «informan» al extranjero de los agravios, a cualquier nivel, cometidos por los otros. En los proyectos de desarrollo son frecuentes las discusiones y los chivateos entre el personal local cuando unas mismas atribuciones corresponden a personas de ambas etnias y esto ocurre con ambos sexos, aunque entre las mujeres prevalezcan los vínculos ligados a la solidaridad vecinal. Aún hay rescoldos del enfrentamiento sangriento entre Mauritania y Senegal en el año 89, los denominados «événements», provocados por un altercado entre ganaderos moros y agricultores negros en la ribera del río Senegal, con un trasfondo de tierras fértiles en disputa, tras su revalorización por la construcción de infraestructuras de regadío. Hubo millares de víctimas; saqueos y linchamientos de comerciantes moros establecidos en Dakar y de mauritanos negros en Nuakchott; oleadas de refugiados y repatriaciones aún pendientes de solución: los comerciantes perdieron sus bienes y los africanos sus empleos, al tener que abandonar los puestos que ocupaban como funcionarios y en las empresas públicas.

A dichas fracturas sociales cabe sumar las basadas en las disparidades de género, reforzadas éstas por tratarse de una República Islámica en la que conviven colectivos de mujeres muy independientes y activas, frente a colectivos de hombres indolentes, protegidos por su estatus patriarcal. Se aplica el código de familia islámico –sumisión, poligamia, repudio, matrimonio concertado con fines patrimoniales y reproductivos– a mujeres que son agentes económicos autónomos. Aunque su opresiva condición legal se suaviza, en usos y costumbres, por la influencia negroafricana y bereber: carnet de conducir, velos transparentes, cara destapada y maquillaje, presencia en espacios públicos, deambular de noche, amantes reconocidos, madres solteras, etc.

Un sistema  
tribal, medieval y  
esclavista  
convive con la  
modernidad y el  
sufragio  
universal

La República Islámica de Mauritania se ha adherido, con reticencias, a algunos de los pactos y convenios internacionales sobre derechos humanos, aunque tan sólo a tres de los ocho en vigor: Eliminación de la Discriminación Racial, Estatuto de Refugiados y Derechos del Niño; los dos primeros, debido a la presión internacional tras los enfrentamientos con Senegal; y el último, por la relevancia que tiene UNICEF en los fondos de ayuda multilateral. No ha suscrito, por el momento, los relativos a los Derechos Económicos y Sociales, Derechos Civiles, Derechos Políticos, Convención contra la Tortura ni, tampoco, la Convención para la Eliminación de todas las formas de Discriminación de las Mujeres.

*Intervenciones, soluciones e ingerencias: la ayuda descentralizada al desarrollo*

Analícemos con más detalle el papel que la Cooperación y la Ayuda al Desarrollo tienen en Mauritania, partiendo de que la quinta parte de los medios de vida del país proviene de la ayuda internacional. Esta dependencia de la ayuda externa mediatiza la capacidad de definir un desarrollo autónomo en función de las propias necesidades y potencialidades; al mismo tiempo, la ayuda sirve de indicador, y moneda de cambio, en las alianzas o desencuentros políticos entre Estados; véanse los posicionamientos a raíz de la guerra del Golfo o ante la renovación de los acuerdos pesqueros con la Unión Europea, a la que Mauritania oferta la riqueza de su océano a cambio de una compensación económica que asciende según el ritmo de las dificultades en la negociación del acuerdo con Marruecos.

Se siguen diferentes modelos de ayuda al desarrollo, dependiendo de lo que los donantes entiendan por desarrollo, sean éstos gobiernos, organismos multilaterales de cooperación u organizaciones no gubernamentales de desarrollo. Sirvan de ejemplo: los japoneses y sus barcas de pesca prefabricadas, las inefables cooperativas femeninas de costura, la elegante rehabilitación de las ciudades caravaneras, los yanquis del Peace Corps, el reparto de gafas de la Ruta de la Luz, los edificios de todos y cada uno de los programas de Naciones Unidas, los omnipresentes vehículos con logotipo de cooperación de alemanes, italianos o canadienses y el Centro Cultural Saint-Exupéry.

La actividad de las organizaciones de desarrollo está sujeta a la discrecionalidad, y ambigüedad, de la autoridad mauritana, al no haberse aprobado en varios años un borrador sobre el estatuto jurídico de las mismas. Están admitidas y, supuestamente, bien acogidas como donantes que son, aunque pueden ser expulsadas en cualquier momento y ver sus bienes confiscados y no hay ningún trato favorable a la hora de importar equipos, establecer sedes o hacer inversiones locales (son memorables las negociaciones con el servicio de aduanas para liberar del puerto los contenedores de ayuda externa). En la autoridad local se detectan ciertos recelos, más por los riesgos de la imposición cultural que por los derivados de la posible concienciación de la población implicada en las intervenciones de cooperación, respecto a sus necesidades vitales y a su derecho a satisfacerlas. Por otra parte, la coordinación entre las organizaciones internacionales con presencia en el terreno no es muy operativa y el «secretismo» imperante en el sector, en ocasiones, alcanza niveles de conspiración; de hecho, hay cierto reparto de cuotas de mercado en cuanto a áreas geográficas de actuación y sectores temáticos de intervención, además de una sutil competencia a la hora de establecer las contrapartes, los socios locales de los proyectos.

La cooperación en Mauritania tiene características comunes a otras geografías, que aquí resultan paradigmáticas. En ocasiones da la impresión de basarse en un discurso subliminal del tipo: todo vale, mejor esto que hacemos que nada, ante tanta necesidad algo quedará, etc. Se consideran proyectos de desarrollo muchas iniciativas que no lo son: se aportan ambulancias, se excavan pozos o se financian construcciones que dudosamente resolverán a largo plazo los problemas, al no acompa-

ñarse de la capacitación adecuada o no asegurar su mantenimiento futuro; en el peor de los casos, al no adecuarse realmente a las necesidades de la población, aunque sí a los requisitos y preferencias de la financiación. Pero la incidencia de las organizaciones no gubernamentales es muy relativa y los recursos aplicados son irrelevantes frente a los empleados por los organismos multilaterales o bilaterales y, por fortuna, los proyectos pueden generar impactos positivos, en absoluto imaginados en el momento de su diseño. En todo caso, la dificultad para obtener financiaciones, que permitan, con tiempo suficiente y personal adecuado, conocer la complejidad del país, diagnosticar e identificar rigurosamente los problemas a mitigar, los actores y los componentes de los proyectos, así como evaluar en el tiempo los efectos de las intervenciones, seguirá hipotecando la eficacia de las ayudas.

En lo que atañe a la cooperación española gubernamental, que acaba de incorporar a este país entre sus prioridades geográficas, aparte de los créditos más o menos concesionales otorgados –5.500 millones de pesetas en la última línea de crédito pendiente de renegociación–, en casi una década se ha limitado a la asistencia técnica en la escuela militar de Atar, a la incentivación virtual de empresas mixtas, a la rehabilitación de la antigua Walata y a la policlínica infantil de Nuakchott. Hasta la reciente visita a Mauritania del presidente del gobierno el montante destinado estrictamente a ayuda al desarrollo, incluidas las partidas públicas gestionadas vía cooperación no gubernamental, no supera los 600 millones anuales.

Por su parte, la unidad responsable de la cooperación española en Mauritania no ha encontrado, de momento, unos cauces eficaces, fluidos y estructurados de relación con las autodenominadas Ongd, más allá de posibles vínculos de amistad; esto significa que, ante situaciones problemáticas, no puede contarse con un explícito apoyo institucional. Qué parte de este déficit se debe a restricciones presupuestarias y cuál a limitaciones ideológicas o políticas, se desvelará a corto plazo tras haber dotado, en el país, una Oficina Técnica de Cooperación. Las escasas organizaciones que intervienen en la zona son, mayoritariamente, del ámbito sanitario y asistencial (Médicos Mundi, Médicos del Mundo, Médicos sin Fronteras); las hay de apoyo a los refugiados del río Senegal (Comité Español de Ayuda al Refugiado, Cáritas); otras para colaboraciones, más o menos puntuales, en centros de salud y cooperativas femeninas (Movimiento por la Paz, el Desarme y la Libertad, Intermón), sin olvidar la dedicación de las Hermanas y de las Hijas de la Caridad en los centros nutricionales y de capacitación de madres. La Ongd pionera fue la Fundación Món-3, con proyectos referidos a cursos de postgrado en agroecología, preservación de dunas y palmerales, apoyo sanitario y educativo a comunas rurales, cooperativas agrícolas y de producción empresarial de alimentos, amén de aportar su sede para las actividades del modesto Centro Cultural Español.

De los proyectos de desarrollo que se ejecutan, son escasos los que promueven la generación de ingresos y, aún menos, los que la consiguen. Plantean dificultades en función de su ubicación (ámbito rural o urbano, zona sahariana, costera o saheliana), de las etnias participantes (*beidani* o *sudani*, opinión de las tribus) o por el nivel educativo de sus destinatarios. Pero el principal obstáculo gira en torno a los responsables locales, que deberán gestionar el proyecto cuando los cooperantes se retiren: dependencia política del movimiento asociativo, inexperiencia de las organizaciones locales, imprevistas de cooperación en base a la donación externa y a propuestas asistencialistas, escasez de expertos locales y hábitos retributivos a nivel de Banco Mundial, son una muestra de los condicionantes.

Con las mujeres, las mal llamadas beneficiarias, suelen proponerse proyectos de creación o consolidación de cooperativas productivas, a las que se aporta capacitación, equipamiento y formación gerencial, sea en el sector agropastoral, el alimentario, la confección, la artesanía, el comercio minorista o la venta ambulante; todos ellos requieren actividades paralelas de alfabetización y fortalecimiento asociativo. Durante mi primera estancia en el país, se debió correr la voz de que

*La incidencia de las organizaciones no gubernamentales es muy relativa*



una nueva Ongd andaba identificando contrapartes y me llegaron variadas solicitudes de apoyo a modestas cooperativas femeninas, con puntos comunes: todas daban cuenta detallada de los múltiples cargos integrantes del organigrama directivo y muy escasa de las actividades económicas que realizaban, todas se redactaban según los formularios proporcionados por la Secretaría de la Condición Femenina y todas pedían recursos para los mismos conceptos; con el tiempo, supe que era práctica común en Mauritania tener como iniciativas propias de desarrollo las mismas que la competencia o, en su caso, que el pueblo de al lado. A propósito de la mencionada institución, hay que decir que nunca llegó a cumplir las promesas de apoyo ofrecidas, pero que sí se copió el proyecto PK-9 y subvencionó a una concurrencial cooperativa *beidani*.

El Proyecto «Formación de Oficios en Nuakchott», el proyecto PK-9, es una propuesta de la Fundación Món-3, vinculada a la Universidad de Barcelona, en colaboración con la Asociación Atelier, de Valencia. Ha sido financiado durante tres años, 1997-2000, por la Agencia Española de Cooperación Internacional, dependiente del Ministerio de Asuntos Exteriores, y ha obtenido cofinanciación del Ayuntamiento de Barcelona y los de Alcoi, Massamagrell y l'Alcúdia, en la Comunidad Valenciana. Su razón de ser, su justificación, derivó de un diagnóstico de necesidades –obtención de ingresos para las mujeres en barrios marginales de la capital–, y de potencialidad de los recursos locales existentes: abundancia de materia prima –pescado, carne y energía solar–, un mercado de consumo ciudadano, el saber hacer tradicional y la práctica del trabajo femenino en grupo. El resultado ha sido la creación y cualificación de la Cooperativa Marhaba, de carácter empresarial, integrada por una veintena de mujeres del barrio, para la producción y comercialización de carne y pescado seco. El perfil de sus integrantes es: mujeres con múltiples familiares e hijos a su cargo; viudas, divorciadas, madres solteras o con maridos desempleados o en paradero desconocido; con experiencia cooperativa o en la economía informal; la mitad de ellas alfabetizadas y algunas con estudios medios; de 25 a 45 años; musulmanas y pertenecientes a cinco grupos étnicos.

Las actividades requeridas por la ejecución del proyecto han girado en torno a la adquisición de los terrenos, la realización de las construcciones e infraestructuras, los suministros de agua, electricidad y equipamientos, la adaptación y transferencia de tecnologías apropiadas –secadores solares y mejora de los técnicas tradicionales de secado–, la capacitación productiva y la formación relativa a la organización cooperativa, el marketing y la gestión empresarial.

En cuanto a los impactos del proyecto, hay que confesar que se han logrado efectos directos e indirectos, muchos de ellos programados y otros no tanto, la mayoría beneficiosos y algunos otros perversos. La naturaleza de los impactos generados es de tipo económico, en cuanto a la creación de autoempleo y obtención de rentas monetarias, el incremento de las oportunidades de consumo, una mayor cobertura de las necesidades básicas familiares, los efectos sobre otros agentes económicos informales del barrio (tanques de agua, recogida de basura, tiendecitas, afilador de cuchillos), así como el aumento diversificado del autoabastecimiento en zonas urbanas; a ellos hay que añadir los derivados del hábito adquirido por las cooperativistas de planificar su economía doméstica y sus otras fuentes informales de ingresos. También se detectan impactos positivos de tipo ecológico, por el aprovechamiento de materias primas perecederas y escasamente comercializables, así como por la utilización y difusión de energías alternativas de coste nulo. En resumen, a través del proyecto de cooperación se han proporcionado las herramientas occidentales de creación y gestión de riqueza, a pequeña escala, para optar a una vida más digna y autónoma. Igualmente se ha favorecido la mejora de las condiciones de vida, que constituía el objetivo general del proyecto, por otras vías: impulsando una actividad profesional; accediendo a bienes y servicios antes vetados, por ser mujeres de barrios marginales, como desplazarse en coche, adquirir cemento al por mayor, dis-

poner de agua corriente y duchas, mejorar las viviendas o sacarse el carnet de conducir; estableciendo un sistema de crédito popular, en base a los anticipos en dinero o en especie, y a la popular *Tontine*. Esta modalidad informal de financiación, practicada por grupos de mujeres en toda el África occidental, consiste en aportar una cuota mensual fija y, por riguroso turno, disponer del monto total mensual; con este capital pueden afrontar, periódicamente, importantes gastos, como la peregrinación a la Meca de la anciana madre, una hospitalización o el equipo escolar de los hijos.

Entre los principales impactos, desde una perspectiva de género y de desarrollo duradero, estarían los de tipo sociocultural, como la formación cualificada, la opción a nuevos empleos y a fuentes alternativas de ingreso, el perfeccionamiento de las habilidades, la alfabetización o la mejora del nivel nutricional y de higiene. Al mismo tiempo, se está fortaleciendo la identidad de estas mujeres como agentes de su propio desarrollo, al ver acrecentado el reconocimiento familiar y social; también el nivel de autoestima y el grado de solidaridad grupal se han reforzado, hasta el punto de ejercer cierto liderazgo y constituir un grupo de presión vecinal, un *lobbie* de barrio, en sus reclamaciones por los siempre deficientes servicios públicos.

La viabilidad futura de los proyectos productivos es incierta



Señalemos, igualmente, algunas de las limitaciones que afectan a este tipo de proyectos. Entre otras, la ya mencionada diferente concepción del factor tiempo y los ritmos, con los dilemas añadidos de la imposición cultural (se han suprimido los tres téis rituales durante los descansos y cubren, a petición propia, sus coloristas atuendos con batas y gorritos de trabajo); así mismo, las posibilidades de participación, tanto como destinatarias del proyecto como en las decisiones sobre la ejecución del mismo, se ven restringidas y mediatizadas por la multiplicidad de idiomas y el nivel educativo, haciendo que este tipo de iniciativas empresariales sean irrealizables con las mujeres más pobres y necesitadas. La viabilidad futura de estos proyectos productivos es incierta, a pesar de la confianza de las cooperativistas: «après Món-3 ?, Món-4»; y el mantenimiento y reposición de las instalaciones y equipos al final de su vida útil, dudosos. En estas latitudes, las sofisticaciones gerenciales del largo plazo, la previsión y la amortización, casan mal con los requerimientos perentorios de la supervivencia; también con la lucha interminable contra los elementos—los cortes de suministros, las tormentas de arena que colapsan motores y ordenadores, la formación de dunas en las puertas, las cerraduras y bisagras imposibles—.

Hay otros condicionantes, a mayor escala, que inciden en la gestión de las actuaciones concretas y no son ajenos al debate sobre la idoneidad de los modelos de ayuda externa. Aunque se esté de acuerdo en que es mejor hacer las adquisiciones necesarias en el terreno, en lugar de transportarlas desde los países donantes, no se debe obviar que la afluencia de fondos de la cooperación internacional suele inducir perversiones en el nivel local de precios, vía la compra de insumos, materias primas, equipamientos y vehículos; sea a través de los arrendamientos o compra de inmuebles e, igualmente, al equiparar los baremos salariales del personal local contratado. Por otra parte, los precios de venta de los productos elaborados resultan más competitivos al estar subvencionados por los proyectos y, también, por no contabilizar «costes invisibles» como el trabajo voluntario de los cooperantes, el uso de las infraestructuras logísticas y las sedes o los aportes –en dedicación, dinero o en especie–, de los destinatarios o las contrapartes. Sin olvidar cuestionamientos de otro orden como la posible creación de falsas expectativas en colectivos de la zona a los que no han alcanzado los beneficios del proyecto o la escueta dimensión de las intervenciones y su carácter, generalizado, de experiencias «piloto».

Visto todo lo anterior, no me queda más que exponer una serie de, diríamos, reflexiones inconclusas. Un sentimiento de perplejidad ante lo relativo de las convicciones apriorísticas etnocentristas –son de tal manera, necesitan esto antes que lo otro, hay que hacerlo de esta forma, esto no puede ser, etc.–, y ante la omnipresencia de la dualidad y la ambivalencia, de los claroscuros de la razón práctica y de la legitimación histórica. Allí se presentan dobles y múltiples lecturas de una misma realidad: belleza y miseria, pervivencia de la tradición junto a procesos de aculturación, solución inesperada para el desastre imprevisto. En estos casos, asombra la ineficacia del racionalismo obcecado y su dificultad para asimilar lo no controlado, lo diferente, frente a quienes, dicen que por ignorancia, se carcajean, a la menor oportunidad, en las situaciones más adversas del destino.

Aunque persistentemente se plantean en Mauritania los dilemas reduccionistas del tipo: quiénes son los buenos y quiénes los malos, quién explota a quién, a quiénes hay que ayudar, con quién hay que colaborar –*beidani o sudani*, religiosos practicantes o aconfesionales, señoritas cebadas o laboriosas sirvientas, gobiernos u Ongd, voluntariado o consultoras–. Son, en cualquier caso, dilemas irresolubles, pues el escenario es complejo y los papeles se intercambian y modifican de continuo.



Por qué lo hacemos, para qué vamos allá, son otras preguntas de difícil respuesta. La más sencilla: por disfrute. Dicho esto en el mismo sentido que pueda tener para una perseverante antropóloga o para el motivado asistente social del barrio lumpen; para quien opta por una dedicación sin incomodarle en demasía la falta de reconocimiento, los inciertos resultados y la escueta retribución, pues se gratifica con la riqueza de lo insólito y de los desconciertos y sucumbe, con frecuencia, ante el espejismo de los retos. A esto hay quién lo llama vocación, militancia, voluntarismo, realización personal, compromiso. Quizás la pregunta esencial sea: ¿quién da?, ¿quién recibe, finalmente?

#### Referencias bibliográficas

- BALTA, P.: *El gran Magreb. Desde la independencia hasta el año 2000*, Siglo XXI, Madrid, 1994.
- BELVAUDE, C.: *La Mauritanie*, Éditions Karthala, París, 1989.
- DE VILLOTA, P.: *Globalización y género*, Síntesis, Madrid, 1999.
- FREROT, A-M.: *Découverte de l'espace mauritanien*, Centre Culturel A. de Saint-Exupéry, Nouakchott, 1991.
- KABEER, N.: *Realidades trastocadas. Las jerarquías de género en el pensamiento del desarrollo*, Paidós, Barcelona, 1998.
- LOPEZ, A.: «La tribu ante los dilemas de la modernización. La democracia como factor de retribalización en Mauritania», *Studia Africana*, 10, Centre d'Estudis Africans, Barcelona, 1999.
- MARCHESIN, P.: *Tribus, ethnies et pouvoir en Mauritanie*, Éditions Khartala, París, 1992.
- MONOD, T.: *Camelladas. Exploraciones por el verdadero Sáhara*, Terra Incognita, Barcelona, 1999.
- MONOD, T.: *Maxance en el desierto. Diario de un viaje por Mauritania*, Muchnik Editores, Barcelona, 2000.
- SEGURA I MAS, A.: *El Magreb: del colonialismo al islamismo*, Universitat de Barcelona, Barcelona, 1995.
- VV.AA.: *Introduction à la Mauritanie*, Centre National de la Recherche Scientifique, París, 1979.
- VV.AA.: *L'Etat du Maghreb*, Editions le Fennec, Casablanca, 1991.
- VV.AA.: *Mauritanie, entre arabité et africanité*, Edisud, Aix-en-Provence, 1989.
- VV.AA.: «Veus de Dones», *Studia Africana*, 11, Centre d'Estudis Africans, Barcelona, 2000.

